



# Goce, síntoma y acto

---

DANIEL SCHOFFER<sup>1</sup>

En primer lugar, quiero agradecer a Magdalena Filgueira y a los demás organizadores la invitación que me han hecho para participar en este encuentro.

También quiero agradecer a la colega que tan generosamente nos prestó el caso XX, en torno al cual voy a reflexionar.

Hay algo de pudor cuando se trata de intervenir, de dar sentido, de significar un caso clínico, porque se trata de un relato de una analista que escucha en transferencia y que convierte esa escucha en acto analítico, es decir, en síntoma.

Todo relato es síntoma en tanto busca vestir a lo real que nos constituye. Interesante caso para reflexionar en nuestro encuentro.

¿Qué podemos escuchar del relato de una analista sobre el relato de una paciente?

Resumamos:

1. Se trata de una mujer, de XX.
2. Hay un pedido de ayuda. Empiezan las entrevistas. Se convierte en X, en un interrogante.  
De XX, de mujer, se convierte en X, en interrogante. El goce de la mujer como interrogante.
3. X dice que no puede poner freno al maltrato a sus hijos, lo que nos puede hacer pensar en el fantasma freudiano de «pegan a un niño»
4. También se queja de lo que llama «encierro familiar». No sabemos si se trata de claustrofobia o de endogamia.
5. Iniciado el análisis, se separa de su pareja.

1 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica de Madrid. danielschoffer@yahoo.es

6. Pero mantiene con esta pareja una relación, se junta sin juntarse, ahora se siente acompañada por él y además tiene una sexualidad satisfactoria que antes no tenía.

Este punto nos interroga: ¿Qué ha pasado? ¿Se trataba de la sexualidad atrapada en la familia? ¿Cómo separar el acto sexual de la prohibición?

Freud (1912) plantea que algunos hombres solo alcanzan el goce degradando al objeto y que solo disociando la esposa-madre y la prostituta logran la erección y la realización del acto.

Son hombres que cuando aman no desean y cuando desean no pueden amar.

La mujer, en cambio, dice Freud, no necesita degradar al objeto sexual, pero se enfrenta a otro problema, porque para gozar tiene que separar el acto sexual de su prohibición y por eso solo puede gozar si mantiene sus relaciones en secreto y sobre todo si se trata de un amor prohibido.

Se trata de mujeres que solo pueden gozar con el amante secreto.

Mujeres complementarias de esos hombres que para gozar tienen que degradar y que se preguntan si deben amar como madres esposas o gozar como putas.

Freud entonces dice que en general la dificultad para integrar la corriente tierna con la sensual hace que el hombre goce disociando entre la madre y la prostituta y que la mujer alcance el goce disociando entre el esposo y el amante.

Lacan agrega que no hay que olvidar que hay hombres que aman como mujeres y que hay mujeres que aman como hombres y que si bien la mujer, a diferencia del hombre, se ubica en un goce no todo, esto no la excluye del goce fálico.

Podemos preguntarnos: ¿esta mujer expulsa al marido para hacerlo exogámico?

... Como decía un paciente horrorizado ante los requerimientos sexuales de su mujer: «¡Cómo me voy a acostar con ella si es de la familia, eso es incesto!».

De esta manera, me pregunto: ¿se trata de una estructura neurótica con un conflicto edípico no resuelto?

Es decir: ¿se trata de una formación sintomática por efecto de la lucha defensiva del yo con la moción pulsional?

7. Preocupada por el sobrepeso, comienza una dieta, lo que indica que hay algo que no marcha en el cuerpo y comete un acto fallido cuando dice: «... capaz que quiero mucho golpe... mucho de golpe».

En el lapsus, ¿vuelven las fantasías de paliza, de «Pegan a un niño»?

Pero hay algo que no anda en esta aproximación al fantasma de «Un niño es pegado», porque no hay fantasía que acompañe al placer de «un niño es pegado», ni aparecen el enunciado primero de la fantasía: «un niño es pegado», ni el tercero: «pegan a un niño».

Solo aparece «mi padre me pega (me ama)» como segunda parte de la fantasía que no necesita ser construida por el analista porque en esta paciente se presenta como consciente.

¿Podríamos pensar que hay una dificultad incluso para constituir este fantasma que podría funcionar como freno al goce de lo real?

8. Luego viene el relato del sueño de la niña que se asoma y se tira por la barandilla cuando la paciente está descendiendo la escalera con su pareja.

¿Quién es la niña? ¿Qué es tan peligroso de ver que puede provocar la caída y la muerte? ¿Se trata de un aviso a la analista sobre los peligros de ver?

¿Escena primaria? ¿Filicidio?

9. Después habla del goce autolítico. Se rasca los brazos, las piernas y la cola hasta sangrar. Le gusta verse sangrar.

No sabemos de qué «cola» se trata, porque si bien habla de la vagina y de las heridas de la piel de la vagina, que aclara que es distinta de las otras pieles, también habla de lo que llama «la tira de la cola», de las heridas de la cola, que son muy dolorosas y que no terminan de cicatrizar porque vuelve a escarbar en ellas.

10. Se trata de un goce a escondidas, por la noche, en la cama.
11. Tampoco sabe si se rasca porque le pica o si le pica cuando empieza a rascarse.

12. Su padre, que le pegaba, también se rascaba y sangraba.  
Si en la primera parte de la viñeta podíamos pensar que se trataba de formaciones del inconsciente, incluido el fantasma de pegan a un niño, presente en el maltrato a sus hijos, ahora aparece una posible identificación con el padre pegador que, como ella, se rascaba y sangraba.
13. No hay fantasías que acompañen al rascado.
14. Un día se horroriza porque se sorprende rascándose ante el público para el cual trabaja.
15. Viene a una sesión furiosa, impotente y horrorizada. Le contó a su pareja lo de las heridas y ante su pedido se las mostró. Casi gritando dice: «Ni yo me las miro».
16. No está dispuesta a hacer el esfuerzo de esperar a que cicatricen y, además, piensa que no hay nada que le pueda dar ese placer.

De un lado tenemos lo que se puede decir, lo que hace discurso, lo que hace cadena significativa (en lo que incluimos los sueños y los actos fallidos), y del otro lado tenemos el goce del síntoma, la verdad del síntoma como una satisfacción que opera desde lo más indecible de la pulsión.

En lo que se refiere a la clínica psicoanalítica, nos encontramos con una situación compleja porque la verdad del síntoma está en el goce, en la descarga pulsional con la que poco podemos hacer, salvo que intentemos colocarnos en el equívoco lugar del represor.

Solo podemos hacer con el síntoma en la medida en que lo podamos interrogar, y esto solo es posible si lo incluimos en el circuito de la palabra, en un decir que lo emparenta con las otras formaciones del inconsciente: los actos fallidos, los sueños y los chistes.

Sin embargo, al final de la viñeta aparece el goce no ligado a ninguna representación.

Aparece una compulsión que no está del lado del yo, sino de la pulsión, que no está ligada a la experiencia subjetiva regida por el principio de placer-displacer, sino que se corresponde con una tendencia más originaria, no ligada, una compulsión que está al servicio del «más allá del principio de placer».

Tánatos, verdadero amo del psiquismo, que opera en silencio, es mudo y no se interesa por descargar la pulsión manteniendo la homeostasis, sino

que insiste y busca descargar más allá de la constancia necesaria para la autoconservación.

Y la paciente cuenta que se trata de un disfrute solitario, dice, en la cama, de noche, sin fantasías, en silencio.

Que no sabe si se rasca porque le pica o si le pica porque se rasca.

Y que no cree que nada le pueda producir más placer que el rascar y el sangrar. Por eso, hay dos registros de la analista que muestran un cambio de posición del sujeto, momento en que la paciente pasa del goce autista a la demanda de sentido en el análisis:

1. Cuando se sorprende rascándose delante del público, y
2. Cuando, después de hablarle a su pareja del goce de rascarse y sangrar, acepta mostrarle las heridas.

¿Y Lacan?

Para Lacan, el goce afecta al cuerpo. Es el cuerpo el que goza. Es un cuerpo que goza y excluye al sujeto.

No hay armonía entre el goce y el sujeto.

Esta es la razón por la que el goce se presenta clínicamente como lo más real de la experiencia psicoanalítica.

Cuando dice que es lo más real, quiere decir que no se puede nombrar. En el cuerpo que goza no entra en juego el sujeto del inconsciente.

El goce es lo que queda fuera del discurso, fuera de la organización psíquica.

Y por eso Lacan ubica a la sexualidad del lado del goce, porque en tanto experiencia real queda fuera de la palabra, «no cesa de no escribirse».

Aquí se nos presenta un problema, porque hablar del goce, describir el goce del cuerpo es tratar de darle un sentido, es tratar de vestirlo de significantes, es disfrazarlo de semblantes.

Pero del goce propiamente dicho, del goce de lo real es de lo que no se puede decir.

Freud lo plantea tempranamente en el «Proyecto de una psicología para neurólogos» como cantidades de energía que llegan del exterior (del mundo de afuera y de las pulsiones) produciendo un aumento de excitación.

En Lacan, se trata de un bebé que goza desordenadamente de trozos de su cuerpo sin que haya una experiencia de unificación y que dejan huellas de esos distintos modos de gozar.

Es un gozar sin yo y sin sujeto.

Por eso dice que no se trata del síntoma sino del *sinthome*, en tanto no apunta a una formación del inconsciente sino a lo real.

El *sinthome* porque no está ligado al saber del inconsciente, a un saber que no se sabe pero que se puede saber, sino a la satisfacción pulsional.

Del síntoma, en tanto formación del inconsciente uno se cura, pero del *sinthome* nadie se cura porque es el modo de gozar de cada sujeto parlante en tanto poseedor de un cuerpo.

Entonces, y por un lado, la constitución del yo va a permitir que ese goce real, disarmónico y caótico sea organizado imaginariamente (a nivel del yo ideal y del narcisismo).

Y por otro lado, la constitución del sujeto va a permitir que ese goce real, disarmónico y caótico sea organizado simbólicamente (a través del ideal del yo y por lo tanto también del narcisismo).

Desde esta perspectiva tanto el yo como el sujeto son construcciones narcisistas porque permiten organizar y unificar el caos del goce fragmentado.

Por eso, a partir de la experiencia del espejo, el infante va a poder defenderse con el narcisismo de la angustia de fragmentación que se produce por la irrupción de las pulsiones parciales.

Y a través de la mirada y de la palabra del Otro se consolida la imagen corporal permitiendo un cierto apaciguamiento de los goces del cuerpo.

El narcisismo viste de imaginario y de simbólico al goce de lo real. Es la pulsión atravesada por la imagen y por la ley.

La demanda del Otro se hace presente en el discurso materno que al tiempo que desliza sus significantes sobre el infante lo rescata de su goce autoerótico y ordena sus zonas erógenas.

La madre, en tanto Otro, es la que establece que si el bebé llora es por hambre y también decide el objeto que le va a proporcionar. De este modo ordena los agujeros del cuerpo, convirtiendo a una determinada zona erógena en un agujero en torno al cual se organiza la satisfacción.

Así, los goces dejan de estar desperdigados y comienzan a ser nombrados, comienzan a ser cifrados y organizados en torno a los orificios del cuerpo.

Esta simbolización del cuerpo del bebé depende de lo que el bebé representa a nivel del deseo de la madre, es decir, de sus goces neuróticos, perversos o psicóticos.

Así es como parte de los goces que en un primer tiempo no fueron atrapados y aplacados por la imagen son atrapados por el significante y de este modo algo del orden de la perturbación corporal se convierte en representante pulsional, que es una de las maneras de decir que la pulsión ha sido atravesada por la ley y que ha sido cifrada en el inconsciente por los significantes.

Es así como parte del goce de lo real se transforma en realidad sexual del inconsciente, en goce humanizado, en goce pulsional, en goce atravesado por la ley; un goce que de signo se transforma en significante, lo que posibilita a las pulsiones combinarse y sustituirse entre sí.

Si el lenguaje antecede al nacimiento del sujeto, el goce es el efecto que se produce cuando el sujeto es atrapado por el lenguaje, es lo que queda como un resto que *lalengua* no puede significar.

Lacan sostiene que en *lalengua* podemos encontrar distintos tipos de signos que se articulan en el inconsciente y que anudan distintos tipos de goce.

Por un lado hay significantes que se caracterizan porque al combinarse y sustituirse producen efectos de significación.

Y por otro lado hay signos, a los que Lacan llamó *letras*: inscripciones en el cuerpo del hablante, signos aislados, carentes de significación, trazos sin sentido que no pueden ser significados y que están condenados a repetirse siempre de la misma manera.

Hay una discordancia, un encuentro traumático entre el sujeto y *lalengua*, que se manifiesta como la imposibilidad de inscribir al cuerpo sexuado en el mundo de la cultura.

Hay algo del organismo que no se transforma en cuerpo erógeno.

Por efecto de la significación, el cuerpo queda perdido en tanto real y solo entrará en la economía del deseo de forma fragmentada y a partir del goce propio de las pulsiones parciales, de un goce que hay que ubicar en el más allá del principio del placer, en la pulsión de muerte, en la inscripción de un goce del cuerpo que se supone perdido a partir del momento en que el sujeto ingresa en el campo del significante.

Una parte de lo que llamamos incorrectamente inconsciente queda como resto de lo que no puede ser atrapado en el mundo de las significaciones, es lo que quedando por fuera del sentido se hace letra, marca sobre el cuerpo y que emerge no como goce del síntoma sino como *sinthome*.

A estos restos Lacan los denomina *a* y va a decir que *a* es la causa del goce; de un goce vinculado a las pulsiones parciales y a partes del cuerpo a las que denomina objeto plus-de-gozar (Lacan, 1962-1963).

Freud los denominó placer de órgano, y también para él son marcas de excitación sobre el cuerpo que no entran en el juego de las asociaciones porque son previas a la constitución de su aparato representacional.

Y este es el campo en el que se despliega todo psicoanálisis: el campo del plus de goce como un resto que no puede ser atrapado en la red del significante.

Analizante y analista se enfrentan a la cuestión de lo curable y lo incurable en psicoanálisis.

Por supuesto que podemos pensar que la analizante de la viñeta se ha quedado fijada al primer tiempo de la etapa fálica y que la renegación de este primer tiempo, en lugar de funcionar como estructurante, fijó a la sujeto en una posición que le dificulta la simbolización de la diferencia de sexos.

También podemos pensar que el goce de rascar y de ver la sangre manar es un equivalente de la eyaculación, que pegarles a los niños es pegarles a los pequeños, es pegarle al pene, a la cola de la vagina, al clítoris, siguiendo la ecuación simbólica freudiana que establece que a nivel del inconsciente el pene es igual al niño porque a ambos se los denomina *das kleine*.

Podríamos pensar que lo que no ha sido atravesado por la castración simbólica aparece insistentemente como castración en lo real.

Pero todas serían interpretaciones imaginarias. Del imaginario del analista. Nada de esto aparece en las asociaciones de la paciente. No hay imágenes ni representaciones que acompañen al rascar y sangrar. No hay frase rectora de un fantasma.

Tan solo la afirmación de que no cree que pueda haber para ella un  
placer más gratificante que el de rascar y sangrar.  
Se rasca y sangra. Entonces se siente viva. ♦

## BIBLIOGRAFÍA

- Alemán, J., y Larriera, S. (2001). *El inconsciente: existencia y diferencia sexual*. Madrid: Síntesis.
- Freud, S. (1900). *Obras completas: t. 5. La interpretación de los sueños*. Buenos Aires: Amorrortu, 1986.
- Freud, S. (1976). *Obras completas: t. XI (1912). Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa. (Contribución a la psicología del amor, II)*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1976). *Obras completas: t. XVII (1920). Más allá del principio de placer*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1986). *Obras completas: t. I. Proyecto de psicología*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Lacan, J. (1949). *El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica*. México: Siglo XXI, 1989.
- Lacan, J. (1953). *Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis*. México: Siglo XXI, 1989.
- Lacan, J. (1962-1963). *El seminario. 10. La angustia*. Buenos Aires: Paidós, 2006.
- Schoffer, D. (1995). A cien años del «Proyecto de psicología para neurólogos»: la «experiencia de satisfacción» y el objeto en psicoanálisis. *Revista de Psicoanálisis de la APM*, n.º 22.
- Schoffer, D. (2008). *La función paterna en la clínica freudiana*. Buenos Aires. Lugar.
- Soler, C. (2011). *Los afectos lacanianos*. Buenos Aires: Letra Viva.